

# SOBRE EL PAPEL DE UN MOVIMIENTO POLITICO DE INSPIRACION PERSONALISTA

G. PECES-BARBA MARTINEZ

CON este artículo pretendemos abrir una meditación sobre el puesto que en las actuales circunstancias históricas puede cumplir un movimiento político de inspiración personalista y cristiana. Evidentemente, existen sobre este tema muchas confusiones que convendría aclarar en lo posible y con carácter previo, puesto que el planteamiento mismo se puede considerar como la última supervivencia de la época constantiniana, que deseamos ver desaparecida como cualquier cristiano, o simplemente hombre consciente de nuestro tiempo.

Existen dos polos en este enfoque: uno rechazable «a priori» y otro al que hay que llegar con todo tipo de seguridades y de garantías. Por supuesto, la posición rechazable, y sin porvenir a largo plazo, es la de reducir a ese movimiento a una posición defensiva de más estructuras sociales ya constituidas y establecidas —las de la sociedad capitalista— preconizando reformas de detalle que la hagan más habitable; la ceguera y la estrechez, el anticomunismo militante y la defensa de los intereses capitalistas supondrá indefectiblemente para ese planteamiento su desaparición o su impotencia a mayor o menor plazo, por su falta de conexión con la línea histórica del progreso y, lo que aún es más grave, por no llevar a sus últimas consecuencias los impulsos evangélicos. Esta es la línea que siguen la mayor parte de las Democracias Cristianas europeas, y el ejemplo del M. R. P. francés, partido condenado por sus contradicciones a perecer en breve plazo, no hace sino confirmar nuestro diagnóstico. Lo más grave de estos partidos es que su falta de decisión, y, consiguientemente, su decadencia, dejan sin saber qué hacer a masas de ciudadanos que no tienen intereses que conservar en la sociedad establecida, que aceptan la inspiración personalista y que quedan a merced de los vaivenes y de las vicisitudes políticas, constituyendo un factor de inseguridad importante.

La otra perspectiva, tentación de las minorías intelectuales, es la de pretender directamente el ingreso de los hombres de inspiración personalista en los grupos políticos de izquierda ya existentes, y sosteniendo que en lo temporal no deben existir esos grupos políticos de inspiración cristiana, último bastión del Constantinismo. Es erróneo, creemos, el utilizar, para sostener esta tesis, experiencias como la de la C. F. D. T. francesa, primero porque se trata de un sindicato donde los intereses concretos a defender priman sobre las consideraciones ideológicas, y segundo, porque ha sido necesaria una

larga evolución para llegar a ese término. Evidentemente, ésa es la meta a alcanzar, puesto que lo determinante debe ser, para agruparse, la defensa de unos valores de convivencia democráticos, de respeto a la persona y de socialización superadora de las estructuras capitalistas. Sin embargo, nada se conseguiría si los que tal hiciesen fueran exclusivamente esas minorías que tienen el problema intelectualmente claro, dejando otra vez desorientados a unos hombres —masas inmensas de hombres— expuestos a constituir la carne de cañón de intereses a los que son personalmente ajenos.

También en el fondo, al menos en algún sector de los que preconizan esto de inmediato, está la ilusión de una unificación imposible porque tiene a la base el desconocimiento del pluralismo de inspiración, de los hombres que se agrupan en familias ideológicas y políticas, en ningún modo artificiales, como ha pretendido la crítica fascista. No se trata, por supuesto, del viejo mito reaccionario de la Unidad de los católicos, sino de la lucha en común de los creyentes y no creyentes que defiendan unos valores naturales —una determinada concepción de la persona y de la sociedad—, inspirada en el humanismo cristiano personalista y comunitario.

Este planteamiento tiene como base una concepción de la historia de la cultura progresiva y asuntiva al mismo tiempo. Elevándose por encima de las contingencias inmediatas intenta valorar todas las aportaciones modernas al progreso de la humanidad, sin aceptar ninguna explicación unívoca de éstas.

LOS hombres que en el siglo XIX, desde una perspectiva «cristiana», luchaban encarnizadamente contra el liberalismo y la revolución francesa, defendiendo los valores del antiguo régimen, tendrían incluso hoy dificultades en comprender cómo el sentido de la Historia y la acción de los hombres preclaros sobre ella han integrado parte de los valores de esa revolución en la Cultura, enriquecida así enormemente. El mismo fenómeno se puede encontrar en los siglos XVI y XVII en el orden de la Filosofía de la Naturaleza. Los pensadores tradicionales colocados también muy cerca de la lucha inmediata, no supieron ver cómo la física y la astronomía modernas eran separables de los errores filológicos últimos que las parasitaban, y el malentendido ha durado cerca de tres siglos. El progreso de la Ciencia moderna tiene a la base esos descubrimientos, que se han asimilado por-

que eran verdad —parte de la verdad total del Universo—; lo que había de erróneo se ha disuelto en la misma dialéctica de la Historia. ¿Quién defiende hoy seriamente el escepticismo y el relativismo moral, entonces explicación última del liberalismo? ¿No están los Derechos del Hombre, las libertades, el Estado de Derecho, perfectamente diferenciados de lo anterior? Todo lo que de positivo ha tenido la Revolución Francesa, es ya patrimonio de la Humanidad entera.

Hoy el fenómeno marxista aparece en la Historia y en la cultura con las mismas características genéricas con que apareció el liberalismo en el siglo XIX, con el mismo intento de ser explicación total de la vida. Hoy también, como entonces, ahora en nombre de la Civilización Occidental, adjetivo al que algunos añaden el de Cristiano —denominación que hubiera escandalizado a los contrarrevolucionarios del XIX—, muchos hombres se aplican a combatir el marxismo con todas sus fuerzas. Muchos ni siquiera comprenden que, en definitiva, con la certera crítica del marxismo a la estructura económico-social vigente, lo que defienden son unos intereses concretos que nada tienen que ver con la Civilización Occidental y Cristiana. Como La Mennais en el XIX, unos pioneros preclaros —Mounier, Teilhard de Chardin, Maritain, Dubarle y otros—, intentan discernir, desde una perspectiva histórica progresiva y asuntiva, lo negativo y lo positivo de las actitudes marxistas.

EL movimiento político a que nos referimos debe aceptar el planteamiento y asumir todo lo positivo que el marxismo ha creado. El diálogo será más fácil después de esta operación. El socialismo, como aportación fundamental para una más justa estructura económica-social, aparecerá entonces como evidente. Las contradicciones y la superación del capitalismo serán puestos de relieve. Todo esto, presupone un aparato crítico claro y no una aceptación beata y estática de las estructuras económicas del socialismo, para lo cual los propios cambios de orientación en los países socialistas tienen un enorme interés (la autogestión yugoslava y la nueva experiencia búlgara en el mismo sentido). La falta de seriedad del anticomunismo de algunos sectores demócratas cristianos aparecerá con toda claridad. Si se trata simplemente de una falta de clarividencia, quizá estén a tiempo de rectificar; si persistiesen, habría que pensar en otras causas menos ideológicas y más interesadas. Lo

SIGUE

cierto es que esos intereses, de existir, son los de unos pocos dirigentes, pero no los de los hombres de la base.

El propio movimiento marxista tiene hoy unas posiciones que, en general, favorecen este planteamiento. La crítica interna —como diría Gortz— les ha llevado a matizar de forma muy importante el ateísmo subyacente en el marxismo. En principio, debemos aceptar que en las condiciones histórico-sociales en que vivió Marx la religión fue en ciertos casos un opio que predicaba la resignación a los oprimidos y justificaba así la explotación. Eso que Marx constató y que consideró como esencial a la religión no aparece hoy como generalizable. Después de los italianos, Garaudy da una significación al ateísmo de los marxistas: «Lo que hace de nosotros unos ateos no es nuestra suficiencia, nuestra satisfacción de nosotros mismos y de la tierra, un límite cualquiera a nuestro proyecto, es que experimentando como los cristianos la insuficiencia de nuestro ser relativo y parcial, no concluimos, sin embargo, que existe una presencia: la del «único necesario» que respondería a nuestra angustia y a nuestra impaciencia (1).»

¿No pierde con esta posición el ateísmo el sentido central que tenía para el marxismo? ¿No hay un cierto subjetivismo que, aun siendo general y sin excepciones para el autor, puede conducir a otros pasos posteriores positivos? Lo cierto es que esto no es sino un síntoma de un estado del espíritu, que no es generalizable y que se puede torcer. Sin embargo, refuerza la esperanza del futuro.

LA perspectiva cultural en la que nos colocamos descubre también el valor fundamental del pueblo para la nueva etapa de la historia. Desde la declaración teórica de la Revolución Francesa hasta la afirmación de la lucha de clases, sin olvidar la vieja idea Cristiana del pueblo de Dios y de su comunidad aquí en la tierra, el mundo ha tomado conciencia del papel del pueblo para las reformas a venir. Sin él, o se hace «despotismo ilustrado» o se hace tarea contrarrevolucionaria. Maritain subordina la reconstrucción del mundo a «que sea el propio pueblo quien la haga», ese pueblo que da masivamente su trabajo y su pena y, si es necesario, su sangre» (2).

El movimiento político a que nos referimos tiene que surgir realmente del pueblo o de aquellos hombres que deciden —aunque socialmente no lo sean—, encarnarse con él, y tiene como misión primordial hacer tomar conciencia a aquella parte del pueblo que aún no la tenga de su dignidad y de su papel histórico, evitando su utilización como carne de cañón, con engaños y con mitos, por el capitalismo y la derecha tradicional.

EN resumen, tres serían las perspectivas principales desde las que se movería un movimiento político per-

sonalista a la altura del tiempo en que vivimos:

En primer lugar asumiría lo verdaderamente positivo aportado en cuanto institucionalización política y estructura del poder por la Democracia, y así acomodaría su actuación a un pluralismo, a una elección de los gobernantes y a un control político y judicial de éstos. Las libertades políticas (prensa, asociación, reunión, etc.) y el Estado de Derecho serían presupuestos de su actividad.

En segundo lugar, para dar más rápidamente sentido a esa participación política, debería luchar por la instauración de unas estructuras socio-económicas socialistas y comunitarias y por la desaparición de las contradicciones capitalistas y de explotación del hombre por el hombre.

En tercer lugar debe ser fundamentalmente un movimiento popular obrero y campesino, o no tendrá ningún sentido.

Solamente con estos planteamientos tiene razón de ser el pluralismo. Solamente así alcanza todo su valor la libertad. Desde estas perspectivas, y colaborando con las otras familias políticas progresistas, se puede hoy hacer el cambio radical de estructuras, de mentalidad y, en definitiva, de valores que rijan la vida social. Así se empuja el progreso de la Historia para hacer al hombre más «verdaderamente humano, poniendo de relieve su grandeza original y haciéndole participar en todo lo que pueda enriquecerle en la naturaleza y en la Historia», concentrando el mundo en el hombre —como diría Scheler— y dilatando el hombre al mundo».

G. P.-B. M.

(1) *De l'Anathème au Dialogue*. Roger Garaudy. Plon 1965.

(2) *Les droits de l'Homme et la loi Naturelle*. Hartmann, París, 1945, p. 111.